
EL NUEVO MOVIMIENTO POR QUÉ ESTAMOS PELEANDO*

Alexander Cockburn** y Jeffrey St. Clair***

Lo que vimos en Seattle durante los tumultuosos días del 20 de noviembre al 3 de diciembre de 1999, y luego en Davos-Suiza, Washington DC, Filadelfia, Los Angeles y Praga, fue el florecimiento de un nuevo movimiento radical en Norteamérica y en el mundo: ruidoso, anárquico, internacionalista, bien informado y, en cierta forma, más imaginativo y flexible que las erupciones populares de décadas recientes.

Luego del puntapié inicial con la protesta contra la Organización Mundial de Comercio en Seattle, en este nuevo movimiento hubo muchos que no siempre comprendieron el alcance de su victoria. Cinco meses más tarde, algunos manifestantes en Washington DC, durante el fin de semana del 15 al 17 de abril del 2000, se quejaron por la cobertura de prensa de estas protestas, que sugería que estos habían “fallado” en sus esfuerzos por impedir las conversaciones del Banco Mundial en la capital de la nación y que, por ende, el ímpetu de Seattle se estaba eclipsando. Estos manifestantes estaban minimizando el profundo sentido de su triunfo: a saber, que habían logrado colocar sus reivindicaciones directamente en la agenda política nacional, y ciertamente en la agenda global.

* El presente artículo es una versión adaptada al español de dos artículos publicados en Cockburn, Alexander, St. Clair, Jeffrey y Sekula, Allan (2000) *5 Days That Shook the World. Seattle and Beyond* (Londres-New York: Verso Books). Los dos artículos que aquí se presentan juntos llevan por título en inglés “The New Movement” y “What Are We Fighting For?”
Traducción: Florencia Enghel.

Revisión técnica: Emilio H. Taddei y José Seoane.

** Alexander Cockburn es columnista de *The Nation* y de *New Yorker Press*.

*** Jeffrey St. Claire es co-editor, junto con Alexander Cockburn, del boletín político *CounterPunch*.

Una década atrás, o incluso cinco años atrás, los funcionarios del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional florecían, con la satisfacción de un justo ego, ante los buenos trabajos que sus instituciones estaban llevando adelante alrededor del mundo. Para la primavera del 2000 estos mismos funcionarios estaban disculpándose por los pecados de su pasado y aseverando nerviosamente que se encontraban en un proceso de reformulación de sus políticas para transformarse en “fuerzas del bien”. Lo mismo sucedió en relación al asunto de los lugares de trabajo esclavizantes. No pasa un mes sin que una firma como Nike publicite con ansiedad y nerviosismo sus esfuerzos por mostrarse sensible a las acusaciones de los críticos respecto de escalas salariales y prácticas laborales de estas empresas en el Tercer Mundo.

Echemos una mirada a algunos de los componentes de este nuevo movimiento activista y popular. Comencemos con la *Ruckus Society*, uno de cuyos fundadores es Mike Roselle, un hombre cuyo linaje político se remonta a los *Yippies* de Abbie Hoffman, pasando luego al activismo progresista y más tarde a *Earth First!*, que co-fundó con Dave Foreman. Roselle había argumentado que la desobediencia civil no violenta en gran escala podría permitir bloquear una ciudad y encargarse de los “shows temáticos” organizados por el capital mundial, tales como la conferencia de la OMC en Seattle.

Los *Yippies* entendían el drama político y así también lo hacen los *Ruckusites* y los Anarquistas. También entienden lo que es la diversión.

Agreguemos a este brebaje de medioambientalismo militante y sentido de la performance callejera las preocupaciones de la multitud anti-globalización en relación a la justicia económica. En treinta minutos de discursos en la Elipse en Washington DC el 16 de abril, uno podía escuchar hablar a los oradores sobre los lugares de trabajo esclavizantes, la anulación de la deuda del Tercer Mundo, la amenaza de la biotecnología, el intercambio desigual en el comercio mundial y la organización obrera a nivel global. Una crítica de los mitines y marchas realizados afuera de la Convención Demócrata en Los Angeles era que había tantos temas que convocaban a la actividad militante -en contra de los lugares de trabajo esclavizantes, las sanciones a Irak, la división policial Ramparts, la sentencia de muerte a Mumia Abu Jamal, los arrendamientos de petróleo de la corporación Occidental en las tierras U'wa en Colombia (para nombrar sólo unos pocos)-, que quizás las energías estaban excesivamente desperdigadas.

Tal como descubrió años atrás la *International Rivers Network* (IRN) con base en Berkeley, los asuntos y reivindicaciones están ligados entre sí. Mientras la IRN combatía las represas hidroeléctricas en todo el mundo, encontró que éstas tenían en su mayoría algo en común: apoyo financiero del Banco Mundial. De modo que fundó la efectiva campaña “50 Years is Enough” (50 años es suficiente) en contra del Banco Mundial.

Del mismo modo, los defensores de bosques y selvas en todo el mundo se encontraron frente a programas agrícolas financiados por el Banco Mundial que destruían las selvas, y también programas de “ajuste estructural austero” impuestos a países del Tercer Mundo por el FMI.

Al igual que con todo movimiento radical nuevo, una parte del mismo hunde sus raíces mucho tiempo atrás, en movimientos de solidaridad con el Tercer Mundo que tuvieron origen en los años sesenta e incluso antes. Las batallas anti-NAFTA de principios de los ‘90 dieron origen a organizaciones tales como la *Naderite Citizens Trade Campaign*, muy presente tanto en Seattle como en Washington.

Hay también un nuevo activismo estudiantil que va más allá de las reivindicaciones de género e identidad que estructuraron mayoritariamente al movimiento estudiantil de principios de los años noventa. A lo largo de Norteamérica en los campus universitarios surgen organizaciones como *Students United Against Sweatshops*, que invitan a participar de sus actividades a oradores de *UNITE*, *Jeff Ballinger’s Press for Change* y *Global Exchange*.

¿Qué es lo novedoso y diferente en este nuevo movimiento? Es anti-corporativo, pero en una forma mucho más específica que las viejas difamaciones respecto del “capital internacional”. Vivimos en la era de las marcas y, por ende, vemos que se organizan campañas bien informadas en contra de ciertas empresas y marcas -Nike, Boise Cascade, Monsanto. Estas campañas están bien informadas acerca de las prácticas de producción y explotación de estas empresas y son internacionalistas, un tributo a los poderes de Internet. En Norteamérica, tal como lo evidencian las protestas realizadas en las convenciones de los dos partidos en agosto del 2000, este movimiento se opone tanto al partido Republicano como al Demócrata. Hasta el momento, el movimiento no ha logrado dar a luz una nueva generación de líderes, y esto quizás no es malo, por lo menos a los ojos de aquellos que padecieron los traspies provocados por el ego de algunos líderes en épocas anteriores. El actual movimiento también es menos sexista y más rico en diversidad étnica.

Las personas están siempre declarando que la izquierda está muerta. Nada menos (en términos de autoridad) que Perry Anderson, editor de la *New Left Review*, declaró en esa publicación en la primavera del 2000 que “el único punto de partida para una izquierda realista hoy es un registro lúcido de la derrota histórica”. Anderson escribió con melancólica fruición: “Por primera vez desde la Reforma ya no hay oposiciones significativas -esto es, puntos de vista rivales sistemáticos- al interior del mundo del pensamiento occidental; y casi ninguna a escala mundial tampoco”.

Mientras leíamos estas resonantes líneas llegaron, a través de la radio, las noticias de una protesta en un árbol de una sección del bosque de pinos en Humboldt County, California del Norte. Una joven mujer llamada Firebird, de San Francisco, estaba sentada en un árbol a cuarenta pies del suelo. Había sujetado una cuerda con un lazo corredizo alrededor de su cuello, con el otro extremo atado a un portón en

el suelo. Si los leñadores o sus aliados cortaban el árbol, Firebird corría el peligro inminente de quedar colgada. Firebird representa la determinación y el coraje del nuevo movimiento radical. En términos de Perry Anderson, ella representa una oposición significativa al interior del mundo del pensamiento oficial de Occidente. Al igual que Hazel Wolf, una militante de 101 años de Seattle con años de trabajo estableciendo sucursales de la *Audubon Society* a lo largo de Pacific Northwest, y luego en la organización del Partido Comunista en los años '30. Wolf murió unas pocas semanas después de la Batalla de Seattle, a la cual había planeado asistir.

En los días posteriores a las demostraciones de la OMC en Seattle, la pregunta que todos los militantes se hacían era: ¿Adónde vamos a partir de ahora? Esto presentó el mayor obstáculo a la construcción de una coalición a largo plazo. ¿De qué forma, por ejemplo, se mantendría la solidaridad de los agricultores franceses con los *Teamsters* (sindicato de camioneros) de Tacoma? Sin embargo otros, veteranos de las batallas callejeras, podrían ver en la diversidad e imprevisibilidad del levantamiento en contra de la OMC su principal virtud.

Al final, como era inevitable, los esfuerzos para capitalizar el ímpetu de Seattle avanzaron en múltiples frentes y mostraron el alcance de la coalición global. *Global Trade Watch*, una organización esponsorada por Ralph Nader, fue responsable de muchos de los eventos planificados en paralelo con la semana de la OMC en Seattle, incluyendo conferencias, tribunales de ONGs, debates y muchas protestas. Luego de Seattle propusieron la "*Fix It or Nix It Campaign*", un plan para sostener la presión sobre la OMC.

Uno de los grandes asuntos para la CTC y los grandes sindicatos era la potencial entrada de China a la OMC. "Toda la energía e ímpetu de Seattle se está canalizando en una gran campaña nacional para bloquear permanentemente el status de nación más favorecida de China", proclamó Lori Wallach, a cargo de *Global Trade Watch*. "Las personas que participaron en las protestas de Seattle han vuelto a sus casas estimuladas por su éxito y esperan la próxima batalla. Los Miembros del Congreso deberían prepararse para encontrar cientos de activistas acampando afuera de sus oficinas de distrito".

La oposición a la admisión de China a la OMC (una oposición vista con considerable reserva por los presentes autores) era sólo uno entre diez ítems que formaban parte de una lista de reivindicaciones elaborada por los activistas de *Global Trade Watch*. Las otras demandas reclamaban: abolir el acuerdo de propiedad intelectual relativo al comercio de la OMC; restaurar el derecho de cada nación a tomar sus propias decisiones respecto de los bienes vendidos en mercados internos; permitir a los países establecer individualmente sus propios estándares de salud y medioambiente; excluir el agua y las formas de vida biológica de la aplicación de cualquier regla comercial.

La Campaña daría a la OMC un plazo de dieciocho meses para realizar estos cambios o, de acuerdo a un memo elaborado por Darci Anderssen, "iniciaremos campañas en todo el mundo para interrumpir las contribuciones financieras de nues-

tros países a la OMC y hacer que éstos se retiren de la misma”. Pero sobre este punto existía una potencial fuente de división y conflicto entre quienes hablaban acerca de la posibilidad de reformar la OMC y quienes se oponían de plano a su existencia. “El ímpetu resultante de Seattle se orientó hacia una campaña global para matar a la OMC”, nos dijo a principios del 2000 Michael Donnelly, un activista medioambiental de Salem, Oregon, que ha sido dos veces candidato al congreso por los Verdes. “La OMC es una habitación de lujo para los capitalistas globales. Nunca servirá a los intereses de la gente trabajadora o del medio ambiente. No tiene arreglo”.

Donnelly argumentó que el legado real de las protestas frente a la OMC fue el sentido de optimismo y la renovada energía que éstas infundieron a las campañas en curso en contra de la rapacidad corporativa. Un ejemplo fue el ímpetu dado al movimiento anti-biotecnología. Poco después de la OMC en Seattle, la Food and Drug Administration llevó adelante en el mes de diciembre una audiencia pública en Oakland sobre alimentos diseñados genéticamente. Más de mil personas se hicieron presentes para protestar. Fue la mayor reunión anti-biotecnología hasta la fecha en los Estados Unidos. Ronnie Cummins, director de la *Pure Food Campaign*, resaltó la importancia de Seattle por haber funcionado como un gran estímulo a esta actividad. “Seattle hizo que la gente sintiera que nuevamente podía ejercer algún poder. Tal como la Batalla de Seattle lo mostró, la Organización Mundial de Comercio en su totalidad está siendo socavada por una alianza internacional creciente de la sociedad civil -consumidores, agricultores, ambientalistas y gente joven. La lección más importante de Seattle es que ahora hay un Nuevo Movimiento de la Democracia en construcción, desde la base hacia arriba. La seguridad alimentaria y la ingeniería genética están probando claramente que son uno de los puntos de presión estratégicos o puntos débiles del poder corporativo global”.

Otro movimiento que obtuvo un estímulo en Seattle fue *Jubileo 2000*, la campaña internacional para la anulación de la deuda del Tercer Mundo. *Jubileo 2000* fue sponsor de uno de los eventos más creativos en Seattle, un intento por formar una cadena humana alrededor del centro de exposiciones financiado por Paul Allen, para evitar que los delegados de la OMC asistieran a una velada con ejecutivos de las corporaciones Microsoft y Boeing. Miles de personas participaron desafiando el mal tiempo imperante. Allí, *Jubileo 2000* y la campaña *50 Years is Enough* confluyeron para planificar una semana de protestas en Washington DC en contra de las actividades de los representantes del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional.

Pero quizás el movimiento más intrigante que emergió de Seattle fue la *Alianza para Trabajos Sustentables y el Medio Ambiente*, una coalición de miembros de *Earth First!* y trabajadores del acero que se unieron a principios de 1999, pero que hicieron sentir su presencia por primera vez en las calles de Seattle. Esta original confluencia fue motorizada por dos notables personas: David Brower, fundador de *Friends of the Earth* y *Earth Island Institute*, y David Foster, director del Distrito 11 de *United Steelworkers of America*, y uno de los líderes sindicales más destacados del país. Tanto unos

como otros tenían un enemigo común: Maxxam Corporation y su CEO, el pirata corporativo Charles Hurwitz. Hurwitz había usado la base en Houston de Maxxam para planear la toma de otras dos compañías, Pacific Lumber y Kaiser Aluminium. Pacific Lumber poseía la más amplia extensión privada de tierra forestada con pinos, y la violenta deforestación a manos de Maxxam luego de la compra de la misma produjo durante años protestas y la desobediencia civil practicada por los miembros de *Earth First!*. La toma de posesión de Kaiser por parte de Hurwitz fue seguida por la usual política de reducción de costos y ataques a los trabajadores, culminando en el despido de tres mil trabajadores del acero en las plantas de Washington, Ohio y Louisiana. “Nos unimos porque descubrimos que teníamos un enemigo común”, nos dijo Foster. “Pero ese enemigo va más allá de Hurwitz. Es el tipo de capitalismo global que explota tanto a los trabajadores como al medio ambiente”.

Luego de su potente aparición en Seattle, la *Alianza* se unió con otros veinte grupos en un esfuerzo por obligar a los candidatos presidenciales a pronunciarse sobre el tema del comercio global. El primer paso fue “*Raucus at the Caucus*”, una semana de protestas y eventos durante la realización de las reuniones partidarias en Iowa. El grupo desarrolló un “desafío de la gente”, presionando a los candidatos con temas que iban desde leñeras en terrenos federales hasta la protección de las granjas familiares y el derecho de los trabajadores a la huelga.

Por un lado, optimismo. Por otro, la necesidad de ser tan radicales como la realidad. Para agosto del 2000, nueve meses después de Seattle, en Los Angeles estaba claro que las personas, por momentos, perdían de vista un punto básico. Las demostraciones derivan de la organización y son sólo una herramienta en una campaña política o movimiento. Las demostraciones no pusieron fin a la guerra en Vietnam. Las demostraciones fueron sólo parte, a veces una pequeña parte, de largos años de construir movimiento y hacer campaña política en múltiples niveles. Puede haber un punto en el que las demostraciones no logren nada, y si las fallas se tornan evidentes, incluso desmoralicen o trivialicen a cualquier campaña dada.

Se puede tomar por sorpresa al Estado sólo una o dos veces en el lapso de una generación. Mayo y junio de 1968 encontraron desprevenido al Estado francés. Este puso mucho cuidado para que esa desagradable experiencia no se repitiera. Después de Seattle, el aparato de seguridad del Estado tuvo la misma reacción, ya que la Batalla de Seattle significó una humillación terrible a nivel global para el gobierno de los EE.UU. En el momento en que iban a producirse las protestas de abril en Washington contra el Banco Mundial, cualquier discurso sobre los derechos constitucionales de reunión y protesta era un chiste.

A mediados de junio del 2000, John Jonik, un lector alerta de nuestro boletín de prensa *CounterPunch*, nos envió un pequeño aviso legal publicado en la sección de avisos del *Philadelphia Inquirer* del 7 de junio. El recuadro, en lo que parecía cuerpo seis de tipografía, estaba encabezado “Ciudad de Filadelfia”, y luego en la siguiente línea, “Audiencia Pública el 12 de junio, 12 p.m., Salón 400, Municipalidad, pa-

ra escuchar testimonio sobre el siguiente ítem: una enmienda de la ordenanza Título 10 del Código de Filadelfia titulada 'Regulación de Conducta y Actividad Individual', prohibiendo las identidades encubiertas en ciertas instancias. Inmediatamente a continuación de la audiencia pública, una reunión del Comité de Seguridad Pública, abierta al público, se llevará a cabo para considerar la acción a tomar sobre el ítem arriba mencionado".

Lo que aquí teníamos era un intento previo de "limpieza" en vista a las demostraciones que se esperaba tendrían lugar durante la Convención Republicana en Filadelfia en el mes de julio. Las protecciones constitucionales para la libre expresión y asamblea habrían de ser suprimidas, con permiso para que la policía arrestara a cualquiera que vistiese antiparras de ski, buzos con capucha, bufandas, y actuara de manera sospechosa. Como preguntaba Jonik filosamente: "Algunos sombreros de mujer que tienen velos de red, ¿quedan incluidos? ¿Son ilegales en el marco de una demostración? ¿Las barbas reales son legales, y las falsas no lo son? ¿Qué hay de las pelucas y/o tintura de pelo, falsas cicatrices, tatuajes y *piercing*? ¿Los anteojos grandes? ¿Y qué hay de esos enormes trajes de muñecos que se destacaron en las demostraciones anti-OMC en Seattle y Washington?"

Las demostraciones en Seattle provocaron la histeria de las autoridades de ciudades donde podrían realizarse protestas de este tipo. A fines de la primavera de 2000, la ciudad de Windsor, Ontario (Canadá), en la otra margen del río Detroit, fue anfitriona de lo que resultó ser una recatada reunión de treinta y cuatro ministros de relaciones exteriores de la Organización de Estados Americanos (OEA). La totalidad de los dos mil policías de Windsor fueron enviados a prevenir la protesta y equipados con máscaras de gas. Una calle de ladrillos fue bloqueada para evitar que sus viejos ladrillos fueran usados como "misiles". El edificio donde se llevarían a cabo las reuniones programadas fue rodeado con una alta valla. Del otro lado del río, cuatro mil oficiales de la policía estadounidense estaban en estado de alerta. Naomi Klein, una muy inteligente escritora que recientemente ha publicado el excelente libro *No Logo: Taking Aim at the Brand Bullies*, acerca de corporaciones como Nike, escribió un encendido artículo sobre el evento de Windsor para el *Toronto Globe and Mail*, señalando que la ciudadanía estaba siendo inducida a pensar que la protesta pública era ilegal en sí misma, y que era adecuado controlarla mediante la salvaje violencia policial. Las protecciones constitucionales estaban siendo automáticamente suspendidas, y cualquiera que se estuviera preparando para participar en una demostración de manera completamente legal, era tratado como si fuera un terrorista criminal.

Klein reportó que un diseñador gráfico en Windsor fue preventivamente agredido por policías por el sólo hecho de hacer carteles. Describió su encuentro con jóvenes manifestantes en Washington que portaban antiparras y bandanas empapadas en vinagre, "no porque estuvieran planeando atacar un *Starbucks*, sino porque pensaron que ser atacado con gases es lo que normalmente ocurre cuando uno expresa sus puntos de vista políticos". Un acto de desobediencia civil, como por ejemplo las senta-

das, señalaba correctamente Klein, era (y es) ahora automáticamente interpretado por los policías, fiscales y jueces como un acto de “violencia”. Arrestado en 1999 en Filadelfia por manifestar cerca de Liberty Bell en apoyo de Mumia Abu Jamal y Leonard Peltier, un militante verde de New York llamado Mitchel Cohen y varios otros fueron declarados culpables en una corte de distrito de EE.UU. por negarse a obedecer la orden de un oficial del Servicio de Parques. Este tipo de cargo habitualmente es dejado sin efecto a los pocos días de una demostración. Cohen y los otros no sólo fueron multados en US\$ 250 más US\$ 25 al fondo de restitución de las víctimas, sino que además fueron condenados a un año de libertad condicional, con la consecuente amenaza de perder el registro, someterse a tests de orina, etc. Cohen perdió además su pasaporte. Otro organizador de las protestas en defensa de Mumia Abu Jamal recibió una demanda del FBI que le reclamaba información sobre sus registros financieros durante los diez últimos años.

El mensaje del Estado es lo suficientemente claro. Los únicos “manifestantes buenos” son aquellos que sacuden un par de pancartas en un estacionamiento, autorizados por la policía, lejos del centro de la ciudad. Todos los demás son “manifestantes malos”, blancos para el spray de pimienta, las cachiporras policiales, los malos tratos “preventivos” y un muy mal momento en la corte si tienen la osadía de negar cualquier cargo del que fueran acusados por los fiscales locales. No hemos realizado muchos progresos desde la época del infame disturbio policial del ‘68 en Chicago en contra de los manifestantes anti-guerra frente a la Convención Demócrata. La única diferencia es que hoy en la prensa y en la televisión hay pocas condenas frente a las violaciones militarizadas a los derechos de libre expresión y reunión. Esto es sólo una parte de una más amplia connivencia frente a la implacable erosión de la Carta de Derechos.

¿PARA QUÉ ESTAMOS PELEANDO?

Más allá de las audaces esperanzas de los “guerreros de la calle”, los cinco días de Seattle trajeron una victoria tras otra. Los manifestantes, inicialmente eludidos y denunciados por los respetables “estrategas internos”, menospreciados por la prensa, atacados con gases por los policías y la guardia nacional, lograron frenar la ceremonia de apertura; evitaron que Clinton se dirigiera a los delegados de la OMC en la gala del miércoles por la noche; hicieron que la cobertura de prensa pasara de las denuncias de “anarquía irreflexiva” a encarnizadas críticas a la brutalidad policial; forzaron a la OMC a cancelar su ceremonia de cierre y levantar la sesión en medio del desorden y la confusión, sin una agenda para el siguiente round.

Estos fueron momentos resplandecientes en los anales de la protesta popular en Norteamérica; llevados a cabo por afuera del convencional espacio de la protesta ordenada y tolerada, del activismo en los papeles y de las tímidas denuncias del liderazgo profesional de los grandes sindicatos y de los verdes del *establishment*. Seattle fue

una verdadera rebelión desde abajo, en la cual todos aquellos que se esfuerzan por moderar y desviar el turbulento flujo de la protesta popular quedaron descolocados y humillados.

La contradicción entre la modesta agenda del elemento dócil y el contundente enfoque de “destruyan todo” de las legiones callejeras ya era apreciable desde el martes.

Una reflexión acerca de algo que podría haber sucedido. Durante todo el martes 30 de noviembre, en el centro de Seattle, los “guerreros de la calle” aguardaban esperanzados la llegada de refuerzos provenientes del mitin de los grandes sindicatos que se estaba realizando a unas quince o veinte cuadras del centro.

Pero las ausentes legiones de los sindicatos nunca llegaron. Supongamos que lo hubieran hecho. Supongamos que hubiera habido de 30.000 a 40.000 manifestantes alrededor del centro de convenciones, intentando bloquearlo durante toda la semana. ¿La policía hubiera cargado contra semejante fuerza? El centro podría haber sido tomado toda la noche y quizás el Presidente Bill (Clinton) hubiera sido obligado a dar su discurso de bienvenida desde SeaTac o desde el santuario de su ardiente financista de campaña, la compañía Boeing. Eso hubiera sido una humillación de proporciones históricas para los poderes imperiales, como el famoso saludo que los *Wobblies* organizaron para saludar al presidente Woodrow Wilson después de la ruptura de la huelga general de Seattle en 1919. A lo largo de varias calles de la ciudad los trabajadores y sus familias estaban parados en furioso silencio mientras pasaba el desfile de automóviles que acompañaban al presidente. Wilson sufrió su ataque fulminante poco tiempo después de eso.

Esta escena imaginaria de lo que podría haber sucedido intenta estimular la imaginación acerca de lo que es posible realizar en la lucha contra los acuerdos comerciales promovidos por la OMC.

Tomemos al sindicalismo organizado encarnado por la dirigencia más encumbrada de la AFL-CIO. ¿Estas personas están realmente comprometidas con la destrucción de la OMC? Por supuesto que no. El sindicato podrá patalear y rezongar, pero cuando se trata de la OMC, lo que quiere esta dirigencia, en palabras de James Hoffa, es un lugar en la mesa de negociaciones. En Seattle los grandes sindicatos llamaron a la conformación de un “grupo de trabajo” -una maniobra para salvar las apariencias, de hecho- que, de acuerdo al cronograma de la OMC, no podría entrar en funcionamiento antes del 2014.

Existen tanto militantes de base como dirigentes de numerosos sindicatos -los trabajadores de la industria automotriz, los del acero, los camioneros, los maquinistas, UNITE- que están sinceramente preocupados con la cuestión del “libre comercio”. ¿Pero cuántos de estos sindicatos están realmente preparados para romper filas y gritar “Muerte a la OMC”? ¿Cuántos de ellos están preparados para pensar en términos mundiales, como hacen los capitalistas? Tomemos el caso de los trabajadores del acero, el único grupo que, en la forma de la *Alliance for Sustainable Jobs and the*

Environment, participó en la ocupación del centro de Seattle aquel martes por la mañana (y más tarde peleó contra los policías, soportando los gases lacrimógenos). Ese mismo día, el 30 de noviembre, el *Moscow Tribune* publicó una nota que señalaba que la administración Clinton efectivamente había decidido interrumpir las importaciones de acero laminado en frío de Rusia, imponiendo aranceles del 178%. Al empezar el invierno, esas familias de trabajadores rusos en Severstal, Novolipetsk y Magnitogorsk enfrentaban tiempos más difíciles que nunca. El reportero del *Moscow Tribune*, John Helmer, no tenía duda acerca de las razones de esta medida: “Gore debe intentar preservar las acerías y el apoyo de los trabajadores del acero”.

Los sindicatos dejaron Seattle y lanzaron la campaña con el slogan *Bash China* (Aseste un golpe a China), con la esperanza de evitar el ingreso de China en la OMC. Algunos verdes también se opusieron a la entrada de China, temerosos de que una economía china en expansión alimentara las emisiones de monóxido de carbono, que (según una proposición científica muy discutible) aumentarían a su vez la tendencia al calentamiento global del planeta. En otras palabras, negar a China la posibilidad del desarrollo económico.

Como internacionalistas, no debíamos quedar atrapados en un debate cuyos términos no establecemos y cuyas premisas nos son impuestas. James O'Connor lo expresaba muy bien en una editorial escrita inmediatamente después de Seattle en su periódico *Capitalism, Nature, Socialism*. “Los trabajadores de Boeing podrían decir ‘no estamos en contra de la industrialización en China o en cualquier otra parte pero somos nosotros los que sufrimos las penosas consecuencias de la transferencia de tecnología, y nos negamos a ello’. El internacionalista replica: “ustedes no tienen por qué soportar todos los efectos negativos; únense a nosotros y podremos distribuir estos efectos en la sociedad como un todo asegurando de esta forma beneficios más altos para los desempleados, mejores programas de reentrenamiento laboral, e inversión verde asistida por el gobierno (...) Si el sindicalismo se une a Boeing y otros, es en contra de una redistribución de tecnología y capital en China; si los internacionalistas se ponen del lado de la Boeing y sus amigos, se ponen del lado de las élites del Sur en contra de los sindicatos del Norte”.

De modo que debemos apostar a nuestro terreno, que no siempre es el del sindicalismo organizado en Norteamérica; que de hecho, para defender sus intereses, pone límites a las campañas internacionalistas por la redistribución de la riqueza y por la redefinición del bienestar en términos humanos, naturales y ecológicos. Tal como lo plantea O'Connor, “El esfuerzo internacionalista por redistribuir la riqueza del capital a los trabajadores, de los ricos a los pobres, del norte al sur, etc., es un ‘momento rojo’ de la práctica internacionalista; el ‘momento verde’ internacionalista es el esfuerzo por subordinar el valor de intercambio al valor de uso para crear sociedades ecológicas. El momento rojo es el lado cuantitativo de las cosas, y el momento verde es el lado cualitativo”.

No existe el mentado “libre comercio”. El alegato actual no es contra el comercio, todos están a su favor en alguna medida, excepto quizás algunos bio-regionalistas en ecotopía. Uno puede denunciar a la General Electric y de todos modos estar a favor de la electricidad. La verdadera cuestión es cómo ha de controlarse el comercio, cómo ha de producirse y distribuirse la riqueza. La función de la OMC es expresar en reglas de intercambio comercial el actual equilibrio de poder económico detentado en el mundo por las grandes corporaciones, que ven la ronda en curso de la OMC como una oportunidad para garantizar sus ganancias, para obtener el apoyo formal de esta organización en su incesante cruzada en busca de mano de obra barata y lugares donde descargar sus venenos.

De modo que la nuestra es una guerra de guerrilla a nivel mundial, de publicidad, de hostigamiento, de obstruccionismo. A diferencia del slogan “Detengan la Guerra” de 1960, ésta no es para nada simple. El capitalismo podía detener esa guerra y avanzar. Pero el capitalismo norteamericano no puede detener el comercio y sobrevivir en las condiciones que le importan.

No queremos un lugar en la mesa de negociaciones para “reformar” las reglas de comercio, porque el capitalismo sólo acepta jugar el juego cuando tiene la garantía de que las reglas ya están fijadas de antemano por él. El día en que la OMC estipule la implementación de un salario mínimo a nivel mundial de tres dólares por hora, será el día en que las corporaciones darán por terminadas sus funciones y pasarán al capítulo siguiente. ¿Alguien se acuerda de aquellos hermosos días del Nuevo Orden Económico Mundial en los años setenta, cuando los países del Tercer Mundo iban a obtener un dividendo justo por sus activos? Aquella era una coyuntura mucho más favorable, pero pasó poco tiempo hasta que la crisis de la deuda externa estallara, el Nuevo Orden Económico Mundial fuera enterrado y la levemente progresista Comisión de Naciones Unidas fuera transformada en algo secundario.

Publicidad, hostigamiento, obstruccionismo... Piense siempre en términos de solidaridad internacional. Sudáfrica impone licencias nacionales a precios más baratos a las drogas del SIDA. Solidaridad. Los europeos no quieren cultivos biogénéticos. Pelee en ese frente. Desafíe al sistema en el nivel de sus pretensiones. Haga demandas en favor del “real” libre comercio. Deshágase de las restricciones de patente y *copyright* y los aranceles impuestos a las naciones en desarrollo. Dean Baker, del Center for Economic and Policy Research, calcula que México pagó a las naciones industriales en 1999 42 billones de dólares en *royalties* directos, aranceles y costos indirectos. De acuerdo, construyamos un “real” libre comercio en los servicios profesionales, con estandarización en cursos y exámenes, de modo que los chicos de México y de cualquier otro lugar puedan competir con nuestros abogados, contadores y médicos.

La verdad acerca del capitalismo, tal como lo remarca O’Connor, “es que el comercio y la competencia de mercado son las formas en que los dueños de la propiedad superan el tabú de la sociedad en relación al robo”. Nuestro movimiento anti-

OMC se opone a la definición misma del capitalismo como una “economía de mercado”, que destruye a la cultura y a la comunidad humana, explota a los trabajadores y degrada a la naturaleza. La OMC es el portavoz del neoliberalismo, una perspectiva y una filosofía económica que encuentra intolerables a la democracia y a la igualdad radicales. Por lo tanto, la justicia en el comercio mundial es por definición un objetivo revolucionario y utópico. Sigamos adelante en su búsqueda.